

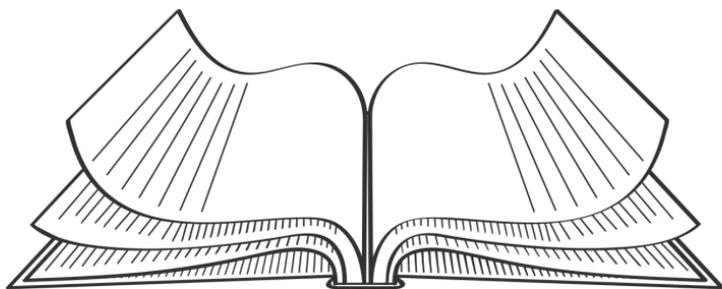
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

FEBRERO - ABRIL
2016



No. 1



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

porescrito.org

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

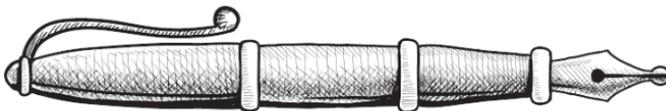
RITMOS

Cigarrillo para tres	6
Percastegui	7
El oyente	8
Edipo	9
El mago	10
Pasa	11
Hoja por hoja	12
El tiempo tocó tu frente	15

FIRMAS

La brecha YAMIL NARCHI SADEK	16
Cuento para un cable suelto y ocho bocinas desenconadas en tres movimientos ENRIQUE HÉCTOR GONZÁLEZ	20

Cazadores y recolectores	
RICARDO BERNAL	24
Progresión de oscuridades	
ANDREA FISCHER	29
Imponderables	
MARÍA ELENA SARMIENTO	34
¿Por qué no gritaron?	
CECILIA DURÁN MENA	38
IMAGINARIO	43
VOCES	
Retazos	52
Pezones puntiagudos	55
Sacrificio	56
El calcetín deshermanado: un cuento que podría ser (o es) infantil	57
Pena de muerte (el ave y el condenado)	60
Tapanco	62



HABLANDO POR ESCRITO

Yo sé quién soy.

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Capítulo V, Primera parte

Apelar a la identidad, ahora que tienes el número uno de Pretextos literarios por escrito entre tus manos, es darte a conocer las ilusiones y los anhelos de quienes integramos este proyecto cultural. Nuestra aspiración es entrañablemente sencilla: queremos que nos leas. Abrimos la puerta porque queremos dejarte pasar. Tenemos la mira alta y los pies en la tierra: sabemos de los bajos índices de lectura y queremos luchar contra ellos. Por eso, hemos convocado a importantes escritores hispanoamericanos y hemos invitado a autores nóveles a participar en el Primer Concurso Literario Por escrito. La respuesta ha sido señaladamente nutrida y el resultado es este ejemplar.

El número uno de Pretextos literarios por escrito quiere ir más allá de un proyecto literario. Pretende ser un espacio de ruptura con la inercia, ser una propuesta de progreso en la que se dé a conocer la producción actual de autores que día a día se enfrentan con la hoja en blanco, que se topan con las musas y manifiestan las inquietudes que flotan en el aire traduciéndolas en expresiones creativas.

Entendemos que los pretextos son múltiples y las posiciones de los autores son amplias, incluso pueden llegar a ser antagónicas. Así son las posibilidades creativas: libres, variadas, nuevas. Buscamos textos que puedan pasar por la prueba del tiempo, que cada vez que busques este ejemplar, lo leas y sigas experimentando esa sensación que te cautiva y siga invitando a leer. También elegimos imágenes que provoquen ensueños.

Pretextos literarios por escrito pretende romper ese cerco que existe entre el que quiere leer y el texto que anhela ser leído. Procura poner en contacto autores para que el encuentro con sus lectores sea posible. Tiene la voluntad férrea de ser una tribuna abierta en la que las historias que se narran a partir de textos e imágenes se ofrezcan en forma libre a quienes tengan el empeño de perderse entre sus páginas.

Encender el gusto por la lectura es jugar a ser Prometeo; es llegar a la pira y arrebatarle el fuego que pertenece a unos cuantos para dejarlo a disposición de muchos. El desafío no es llegar al oráculo: es inflamar el deleite que se oculta detrás de las letras. La invitación que hacemos en Pretextos literarios por escrito es a dejarte mover por los ritmos, a perderte entre las propuestas de las firmas, es buscar la anécdota en el imaginario y entrar al ultimátum de los consagrados.

La Editora General

CIGARRILLO PARA TRES

DE MARCELO PAVÓN SUÁREZ (VASTO)

PRIMER LUGAR

ARGENTINA

Cigarrillos para tres, de Marcelo Pavón Suárez (Vasto)

Primer lugar

Argentina

Ese humo que sale de mi boca

no es más que la niebla

que quedó en mis pulmones

cuando me arrancaste tu infierno

y lo llevaste

para otro corazón.

Por eso apago la noche

contra el cenicero de la luna,

bebo de un sorbo

todos los sueños

que dejaste en la almohada

y me emborracho de lo que no seremos,

esta noche melancólica,

melalcohólica,

con gusto a invierno recién pintado.

PERCASTEGUI

DE FERNANDO ROCHA ROSARIO (FEIFFER)

SEGUNDO LUGAR

MÉXICO

Coraza del mediodía,
tus pinchos de ternura llueven como verbenas:
el mundo nace de mis heridas,
se arrodilla y baña de cielo tus tobillos:
como hiedra de carcajadas,
humareda eléctrica,
invado tu espuma erizada:
abrazarte es tener principio.

El tiempo danza en tus labios
y sólo puedo pedirte ser eterno.
La lejanía se mide con el fantasma de tu aroma:
un volcán en la rosa;
y el amor con la hemorragia de memorias.

Tu cabello es un enjambre de estrellas,
nube de espejos.
Tu espalda es el cauce del infinito,
calzada del arcoíris donde la caricia se inmortaliza.
Tus ojos son las barcas de mis sueños,
y mi corazón es un cosquilleo de tus manos que a veces me visita:
amarte es ser un eco de ti.

EL OYENTE

DE JUAN MARTÍN TORRES

TERCER LUGAR

ARGENTINA

Adagio del escriba en la madrugada
contemplando
tu cuerpo húmedo de fuego
sobre el país del futuro incierto
—dependerá de nosotros, dices—

revolucionan tus labios
aquello que besan
—estoy en estado de sublevación permanente—
háblame
háblame de júbilos
háblame con el reparo de tu dulzura
háblame de nuestra imaginación entreverada
háblame del compromiso acariciado
háblame de las derrotas que sembramos de aquellos duelos
incompletos
háblame de los días a los cuales no hemos de volver
háblame cada peldaño de tu voz es la poesía resucitando.

EDIPO

DE EDGAR ALBERTO NORABUENA FIGUEROA

MENCIÓN ESPECIAL

PERÚ

“Bésame con tu ardiente daga, yo sabré sangrar en silencio.”

Angell

Mírase al espejo;
de pronto se pregunta
por el rostro que lo observa.

Doce rostros sorprendidos
surgen con la misma pregunta...

...el espejo se estrella contra el piso...
Cierra los ojos. Piensa rápido.

Es él reproducido inesperadamente
en doce fragmentos de vidrio.

Ahora,
cada rostro sobre el piso,
con el mismo espanto, se pregunta
cuánto costará el espejo roto de mamá.

EL MAGO

DE DANIEL SALOMONE GONZÁLEZ

(MENCIÓN ESPECIAL)

URUGUAY

De pronto una mujer blanca y alada
se escapó de mi galera
Tan frágil como un secreto
Tan brillante
como un escombros que cae de la luna rota
Se detuvo frente a mí
Sólo un ínfimo instante
Besó mis labios y se esfumó
Abracadabra, Abracadabra, ¡Abracadabra!
Quería verla nuevamente
Nada, una insoportable nada
Lo intenté una vez, dos veces
tantas veces como fue posible
Y me hice viejo, un viejo sin magia
Ahora estoy muriendo
en mi capullo de sábanas blancas
Me crecen alas y me fugo al cielo
La veo sobre una nube
¡Es ella!
Me estaba esperando.

PASA

DE ELSA BÁEZ

(MENCIÓN ESPECIAL)

REPÚBLICA DOMINICANA

Que cuando atraviesas
mi alma
con tu sombra aletean
las
sonrisas.

No dejes de salpicar con
colores mi ser.



HOJA POR HOJA

DE FERKI

(MENCIÓN ESPECIAL)

ESPAÑA

Te has ido y se han caído
las hojas,
te has ido y han nacido
las mías,
crías de tu recuerdo,
alfombras rojas
que unen tu vacío y mi afonía;
enfermo el que coge el bolígrafo
para coser una lejanía
con puntos y seguido y comas
que sonrojas a golpe de suspiro.
No soy poeta, nunca quise,
solo soy otra víctima más de ti,
de tu capacidad para romper la gama de grises
y detener las lluvias de abril
con una sonrisa,
esa que no encuentra gemela en mí
desde que la prisa por ser felices
nos separó sin ni siquiera
disculparse ni despedirse.

¡ANÚNCIATE POR ESCRITO!

ESTE
PUEDE SER
TU ESPACIO

Contáctanos:
contacto@porescrito.org

INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES

TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org

EL TIEMPO TOCÓ TU FRENTE

DE ELENA ESPADA

ESPAÑA

Pero el tiempo tocó tu frente. Tierna muerte.
¡Oh frente si regresas entre flores de muerte!
¡Oh boca repleta hojas, cerezos de espuma roja!
¡Oh ánima durmiente no descanses sin mi mano en el vientre!

Le he visto y sé cómo calla,
sé el dolor de su ausente mirada,
sé el color de las nalgas rosadas que otrora perlaban su cara.
Le he visto y sé cómo calla,
sé el sabor de sus labios de escarcha,
sé el olor de sus huesos quemados, del tiempo abrasado entre mi
ardor y el pasado.

¡Oh mujer de muerte, pisar de sangre caliente!
¡Oh tierno sollozo entre llamas de averno!
¡Oh invierno de afecto entre mis manos pecado perfecto!

Le he visto y sé cómo calla,
sé el rumor de su tierna mirada,
sé el candor sus labios cortados entre gemir de calvarios.
Le he visto y sé cómo calla,
sé el furor de sus piernas nevadas,
sé el temblor de su cuerpo al abrirse a mis manos de amor.
¡Oh frente postrada sobre tablas de laca!
¡Oh recuerdo eterno, penar de cementerio!
¡Oh ganas robadas, a tu lado descansa una garganta quebrada!
Mi voz es tu casa.

LA BRECHA

DE YAMIL NARCHI SADEK

MÉXICO

Mi problema suele ser el sueño. Por eso llevaba una taza hirviente de café en el portavasos. Solo en la carretera, a esas horas, era mi compañera indispensable.

Había cierto placer en dejar atrás la ciudad, su tráfico, su desorden, su indigencia. Salir era como un respiro. Si no fuera por el cansancio... Pero no sé cómo seguir. Existe un momento en que el sueño vence al café, a la música, a la voluntad, a pesar de que uno se mantenga despierto. O quiero creer que es el sueño, porque contar lo que vi como visto es una locura... Espera. Disculpa si me pongo así, es como un calosfrío que me da. La noche es el momento de las pesadillas, cuando nada se distingue y todas las cosas son otra cosa. De noche, un simple atril, un banco, un abrigo, pueden ser la imagen misma de la muerte. El problema es cuando ya no es así, cuando no es la vista que se engaña en la distancia oscura, sino cuando son todos los sentidos. Como en un sueño. Cuando se huele, se escucha, se siente que todo es otra cosa. Y yo digo que nadie sabe. ¿O sí? Nadie sabe. Pero las cosas pasan y... Es que necesito decírtelo todo, que no te falte un detalle. Para que tú me digas.

Me habían confirmado que el siguiente día, el viernes, sería el último que el Licenciado Mendiola pasaría en San Juan. Si quería arreglar los papeles de la propiedad este año, no podía permitir que tomara el camión a la capital y después el vuelo a Uruguay, donde pasaría seis meses al menos haciendo quién sabe qué. A veces había tardado hasta más de un año en regresar. Hubiera visitado a otro notario, pero él era quien tenía todo y sabía cómo estaba el caso. Cerraba la oficina al irse y nada de trámites hasta su vuelta. Es por eso que fue indispensable tomar camino esa noche, por cansado que estuviera.

Evitaba el sueño. Café en mano, piano en el estéreo, iba por la carretera libre esperando la señal. Apenas veía el cemento con las luces altas. La señal era una gasolinera pequeña de diesel para camiones,

ruinosa hasta decir basta. La distinguí por un foco opaco que tenía al fondo como única iluminación. Atrás de la gasolinera se abría una brecha bastante reducida. Con un suspiro dije adiós a la carretera, y a lo que te truje, metí el carro a la vereda. Por esos momentos me acababa el café. Me sentía en un extraño estado de alteración: como si me sostuvieran apenas hilos de caer en las barracas del sueño.

Lo primero fue una especie de susto que me hizo detener en la entrada. La maleza era tupida y el paso para el coche, amén de estrechez, estaba marcado apenas, muy oscuro, pero libre de ramas y de hojas, como recién limpiado. Pensé que eso sería un buen augurio. Traté de poner de nuevo las altas, pero la palanca se trabó, y nada, a entrar con los faros normales. Eso le pasa a los coches después de algunos años: se empiezan a atorar; presentan achaques. Echaba de menos el café y mis altas. Tenía que avanzar lentamente para asegurarme de no caer en ningún bache, de no pasar sobre alguna roca que hubiera caído al camino. Menudo lío sería quedarse sin llanta en medio de la brecha. Por supuesto, no traía repuesto. Abrí un poco la ventana, para que me diera aire.

Terminó el disco y tuve que cambiarlo. Requiem for my friend, de Priesner. Mientras lo seleccionaba, escuché el silencio. Me detuve un poco. Se oía algo de naturaleza, todo lejano, como si se alcanzara a oír desde otro lugar y no hubiera nada ahí. Gracioso. Comenzaba a jugar, como suelo, como solemos, con mi propia imaginación. No se oía nada cerca, y eso se sentía como si algo estuviera allí. Poner el Requiem resultaba otro juego. Precisamente un requiem. Precisamente Priesner. Era como compaginar todo en un pacto extraño. Yo estaba comprometido a causarme miedo. Reí con una sonrisa torcida, de película, pero no me atreví a verla en el espejo.

Conforme seguía avanzando, imaginaba las posibilidades. Bandidos. Era muy posible que hubiera bandidos en una brecha como ésa, a esas horas. Claro, eso tomando en cuenta que piensen en la ridícula idea de que alguien pase por ahí de noche. Por primera vez extrañé la ciudad y sus caminos alumbrados, pero pensé que debía disfrutar la salida, el descanso, el aire fresco. Suspiré y sonreí de nuevo, más tranquilo.

El primer movimiento del Requiem fue exquisito. Limpio, ligeramente tético, hermoso. Yo avanzaba con el sonido, como hipnotizado. Sentía aún el rigor del cansancio, así que concentrarme en la música era mi única tabla de ahogado ahora que no tenía café. Miraba hacia el frente, al camino que se prolongaba, desorbitaba un poco los ojos, y apretaba apenas el acelerador. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar? ¿Cuánto más podría durar la mentada brecha?

Cuando inició el segundo movimiento del Requiem, el Christi Eleison, su largo silencio simulado, esa música que se oye apenas, como si estuviera en otro lado, en otro mundo, me hizo escuchar la naturaleza otra vez. En otro lado, en otro mundo. Y sin embargo... Solo operístico de soprano, pausada. Al segundo acorde de la voz, una rama enorme salida de no sé dónde dio contra mi faro derecho, rompiendo el ambiente con el sonido del golpe y del vidrio. No quise bajar. Vi la rama doblarse y caer fuera del camino. Así que, en el mejor momento del Christi Eleison, avanzaba con el auto tuerto, por una brecha perdida, oscura, camino a San Juan.

Decidí apagar la música. Así me concentraría mejor. No más ramas, que sólo me quedaba un faro. La brecha no parecía llegar a ningún lado. A mí el sueño me ganaba, poco a poco, y me esforzaba por tener la cabeza erguida, los párpados abiertos. El silencio en los oídos era otro buen aliciente. El aire que entraba por lo abierto de la ventana se hacía cada vez más frío y se me enchinaba la piel. De pronto, distinguí a alguien a la distancia. Cuando mi luz llegó a iluminarlo, no alcanzaba a ver bien el inicio de su cuerpo, los pies, pero bajé la velocidad hasta ver claramente un tronco humano de complexión mediana, vestido de blanco, brazos morenos, tal vez un labrador. En la cara austera, llevaba una herida, como si viniera de una pelea, y sangraba. Lo inaudito era su sonrisa. Tal vez había ganado la pelea, pero la incomodidad que me provocaba era aquella de algo que no encajaba, la manera en que perdía de vista sus pies, lo natural de su sonrisa. Me detuve a pocos metros de él, dejándolo en la sombra.

Su mano: era eso. Traía un paquete, algo envuelto en papel café. La luz de mi faro apenas iluminaba el bulto.

La otra mano del hombre se movía sin prisa, desatando la cinta que cubría el papel. Un olor amargo entraba por la ventana, y me volví a cerrarla, pero no lo hice. Me quedé escuchando como nadie estaba ahí, todo estaba lejos, mientras que mantenía mis ojos fijos en el paquete que el hombre desató. Dos cabezas humanas, maltratadas, de las que un líquido oscuro resbalaba, aparecieron en la luz de mi faro. Metí reversa, aceleré, pero en menos de medio metro de recorrido hacia atrás, el carro se atascó. Intenté moverlo hacia uno y otro lado, pero era imposible, y el hombre de las cabezas sonrió con más gusto, mostrando una dentadura que se debatía entre hueso, encía y podredumbre. Aterrado, congelado, vi cómo el hombre sostenía las cabezas en la mano izquierda, y con la otra el machete. Con un zarpaso de la hoja, cortó su propia cabeza. Quedé atónito. El cuerpo, en vez de caer, corrió torpemente a perseguirla al pie de mi cofre. La tomó del pelo, y la levantó. Cuando la cabeza estuvo a la altura de mi vista, sonrió de nuevo.

El cuerpo ciego cobró perfecto control sobre sí mismo: aventó entonces su cabeza al aire, seguida por la segunda, y la tercera, las del paquete, y las tres estallaron en muecas, en largos aullidos que pronto alcanzaron un volumen impresionante, un sonido que tampoco parecía real. Las manos aventaban las cabezas sin cesar, hacia el cielo, gritando, gimiendo... ¡Eran malabares! Un cuerpo sin cabeza hacía malabares como un payaso grotesco, probándose de vez en cuando una cabeza u otra, correspondiendo todas a su cuello como si todas hubieran estado allí antes. ¡Y ese olor! ¡Y los gritos! No pude más, y sonó en mi voz, la primera real, la primera fiable palabra: “¡Basta!”

El cuerpo recogió violentamente sus cabezas, dos bajo el brazo izquierdo, la sonriente en la otra mano, tomada por los cabellos, y corrió hacia mí. Pensé que era mi fin, que mi cabeza sería una más de la colección, pero el hombre dejó las dos cabezas de su brazo izquierdo en el piso, estiró la mano hacia mí, palma arriba, sostuvo con la otra su sonriente rostro en mi ventana, y éste, viéndome a los ojos, y abriendo la boca con parsimonia, me dijo: “Joven, ahí con lo que guste cooperar.”

CUENTO PARA UN CABLE SUELTO Y OCHO BOCINAS DESENCONADAS EN TRES MOVIMIENTOS

DE ENRIQUE HÉCTOR GONZÁLEZ

MÉXICO

A Rodrigo Pereznájera, in memoriam

I ANDANTE

Pretendíamos a toda costa llegar puntualmente a la cita. La mamá de Sandra siempre salía tarde, así que fue ella la primera por quien pasamos, aunque en realidad, y por la misma razón, debimos haber realizado la última escala en su casa. Hicimos media hora de aerobics frente al cinescopio desquiciado de su Philco en blanco y negro antes de dejar al Jonei encerrado con su gatina y su puré de menudencias para poder zarpar a la colonia Roma, donde Manuel —que había tenido otra bronca fenomenal con su mujer— ya nos esperaba desde hacía rato, encerrado en el coche. Jorge no estuvo, Vero y Tere se fueron en taxi (en vista de que no llegábamos) y los Espectros nos dijeron que le caerían más tarde. Allá ellos. A todos nos sonaba el domicilio, pero una vez que el cónclave estuvo completo y en sesión, coincidimos en que había sido difícil dar con el despatarrado depa en el que el hombre que buscábamos seducía boas, tragaba espadas y llenaba sus alforjas con el incauto dinero de tipos como nosotros, esperanzados en metabolizarlo en mercancía metafísica. Al Mahá, sin embargo, aquella dificultad no le pareció una razón válida para justificar el hecho de que nadie (ni siquiera las histéricas hermanas de Jorge) hubiera llegado a la hora convenida. Empezó el trabajo de visible mal humor, pero poco a poco sus gestos se fueron dulcificando hasta dar con la pacífica mueca de todo aspirante a la beatitud.

Siendo sinceros, el chisme no me atraía en lo más mínimo, como descuidadamente se dice.

II ALLEGRO

La música de La Monte Young (en rigor, un túnel sonoro multiseccionado y oscuro, aburrido y tenaz), el aroma demacrado del incienso de siempre, la risa fotogénica del consumidor de opio, la máscara mística que todos traíamos puesta y el contacto inmediato y húmedo de la hambrienta pero nada apetecible piel de doña Hilda (mi suéter, como suele decir Manuel cuando se refiere a la madre de su mujer), me revolcaron en el lodo anodino de otra sesión de éstas en que se quiere convocar espíritus a través de mesas tramposas y energías biodegradables. Si me cuesta trabajo pelar a mis hijos cuando insisten en que juegue con ellos, más difícil le resulta a mi huraña neurosis vérselas con un hombre de la constitución de un oso polar que, secuestrado por el esfuerzo de un equilibrio incomprensible, pone cada poro de su piel al servicio de fantasmas alígeros y sustancias incorpóreas. Así que entre toda esa manada de iniciados en el despiste espiritual (ritual espigado en la pirita de esa mina mínima que llamamos ánimo de trascendencia), en la fraternidad y demás onanismos, los Espectros y su musculatura decadente, sus tatuajes sentimentales, su fe en el fracaso, me resultaban menos alérgicos que nadie. Aproveché un paréntesis en que el Mahá fue a cambiarse de hopalanda (harto sudaba) y por otros botes de resina sicotrópica, para acercarme al par de rapados e invitarles un yoin a secas —sin expiaciones prodigiosas ni justificaciones arteras— en el vestíbulo de la casa del maestro. Ellos aceptaron como una madre el arrepentimiento de su oveja negra y nos salimos del salón.

Apenas lo habíamos prendido cuando el Mahá salió como bólido de la alcoba donde persignaba sus prendas y nos hizo apagar nuestros ímpetus. Para eso no hubieran venido, dijo en su jerga sin relieves. Pasen, pasen. Y otra vez (en vez de un buen tabiro) hubo

que fumarse su ejercicio. Sandra poco a poco empezó a entrar en transe, y chance que hasta la transa de su mamá ya estaba prestándole a réditos (como solía decirle al obsceno producto de sus rudos meneos monetarios) al mismísimo chamán de Cholula. El rito se reanudó con unos cantos goliardos y, ya metidos en mixturas y sincretismos, el omm tibetano alternó con la música glacial de Glass en sustitución del otro disco minimalista con que inició la ceremonia. Pero los rictus de aprendida relajación ya no me animaban, por lo que me dediqué a mirar, apenas amparado en la mortecina luminosidad del recinto, la decoración de los muros, la apariencia de los circunstantes, los libros, las fotos, la luz de la luna asperjada por las persianas, deliciosamente entregado a la tarea de entrever en conatos, conjuros, y en todo gesto neblinoso del guía una amenaza velada a mi conducta inconsútil.

La boca de Tere, abierta en una o invisible, estaba pintada de rojo (el labio inferior) y ámbar (el superior). Yo la contemplaba en ráfagas. Manuel, mi querido tío, tarareaba como tarado las notas bajo profundo del Mahá. Los Espectros parecían dormitar en el sueño azul de la dimensión que de continuo habitaban. De pronto, comencé a escuchar un ruido que se transformó en un olor. Pensando que el asunto era parte del espectáculo, pronto me olvidé de él. Pero fue su segunda sinestesia (de olor pasó a ser ardor) la que me hizo despertar de la distracción. Ocurrió que de plano el severo debraye de estos feligreses inmunizó su de suyo imperfecta percepción del mundo inmediato, de modo que una vela recostada en un tapete de yute comenzó a triturarlo a mis espaldas sin que nadie lo advirtiera. Como el aroma quemado de tal textil no es ajeno al campo olfático de estas cábalas, yo tampoco advertí la primera señal, no así la segunda, que consistió en el sobrecalentamiento de mis glúteos (por motivos no emotivos) y el achicharramiento de mis queridos pantalones de pana. Este hecho no pude pasarlo por alto. Grité como camaleón que ha sido víctima de un inoportuno mimetismo que lo deja mal sentado y justo a merced del acoso de su ofensor. El Mahá se atragantó, la gente despertó de su letargo y yo maldije de tres modos distintos

mi disposición eterna a complacer a Sandra en todos y cada uno de sus caprichos del carajo.

III

RITORNO AL NULLA

Todos callados en la Fonda del Patrón, el bar al que nos gustaba ir bajo cualquier pretexto. Creo que nadie estaba dispuesto a reclamarme, y si alguno lo hubiera hecho yo no habría tenido reparo en enseñarle mi culo carbonizado, que me impedía sentarme como Dios manda. Quién sabe quién iba a pagar la cuenta pues, nada maje, el Maharishi había cobrado generosamente y por adelantado la sesión, indicándonos que no volviéramos a visitarlo. Yo vi que los Espectros habían dejado allí hasta el último quinto, así que ellos no podrían ser los paganos. La madre de Sandra quizá, vieja gorda, por su culpa mi fax andaba metida en esas mariguanadas de la meditación y la trascendencia. Sin embargo, nadie decía esta boca es mi augurio. Tere y Vero me hacían señas por lo bajo, pero yo no entendía si querían que yo pagara o que me fuera discretamente a chingar a mi madre. Manuel cheleaba en silencio.

La cuenta, dijo el mesero después de un rato de pasarse insinuantemente a nuestro alrededor. Yo me puse ronco de repente. Tosí y tosí, pero nadie dijo nada. De seguro la ceremonia les había sido de provecho. Sandra coordinó las dos palabras clave (Mi amor...) y ya no la dejé seguir. Como de costumbre, saqué la cartera y le pasé mi tarjeta sobregirada al pingüino. Mientras iba por el vaucher me le quedé viendo a doña Jamona, que se hacía pendeja con unas moronas de pay entre los dedos. ¡Cómo deseé que ella fuera esa bolita de merengue y yo sus dedos para aplastarla con toda la ternura de que soy capaz!

CAZADORES Y RECOLECTORES

DE RICARDO BERNAL

MÉXICO

1)

Ella es el musgo que crece en las piedras del arroyo, el humo en la pipa del duende, el vaho que exhalan los dragones dormidos en el centro del mundo. Él es un candelabro, el esqueleto inmutable de la espada flamígera, un arroyo ronco que nunca deja de cantar, la puerta cerrada por dentro para que la oscuridad jamás escape.

2)

Ella se levanta temprano, sacude los restos del sueño dejando caer gatos diminutos, tarántulas de luz, un arroyo de guijarros que desaparece antes de tocar la alfombra. Ella se mira en el espejo y las paredes de la casa crujen. Afuera de la casa, en el cielo, los aviones trazan pentagramas, las nubes se acomodan en ellos y se hamacan al compás del smog. Por las calles, los hombrecitos de plastilina caminan de prisa: es lunes y tienen que resolver muchísimos asuntos urgentes. Bancos. Oficinas. Cantinas. Iglesias. Bancos. Ella sale de la tina, se seca con una toalla enorme y se dirige hacia los cajones. Después de vestirse, Ella mira por la ventana hacia el punto exacto del cielo donde varias décadas más tarde, en uno de los aviones, el capitán beberá café mientras el piloto automático hace lo suyo. El pasajero más viejo del avión escuchará en sus audífonos un disco de Mike Oldfield a las diez de la mañana.

3)

Él se trepa en la motocicleta, se coloca el casco: una calavera afuera de la cabeza donde guarda su propia clavera. Cinco minutos después: las calles, los dedos del aire, la velocidad, los bosques, el

verde lago negro de siempre. Él es un guerrero negro montado en un escarabajo rojo bajo el cielo gris preñado de nubes verdes. Las rojas miradas de los coches lo miran con rencor ciego y la primera gota del aguacero cae en la concha del diminuto caracol que avanza en sentido contrario. No está escrito en el cielo ni en el infierno que la motocicleta aplaste al caracol; la palabra “jamás” desaparece por un segundo de todos los diccionarios del mundo, pero por suerte nadie se da cuenta.

4)

El Bernal escribe: es mediodía y cuarenta libros a medio leer lo rodean. Hay novelas policiales, tratados de astrología, manuales fáciles para ser mejor, o por lo menos intentarlo. Bernal morirá dejando inconclusos veinte de los cuarenta libros. Después de su muerte, Doris y sus amigos llorarán, dirán palabras torpes en el velorio; alguien se quedará con los cuarenta libros y, sin abrirlos, se los heredará a sus hijas quienes tampoco los leerán jamás. Pero por ahora, el Bernal sigue escribiendo, está a punto de comenzar el capítulo cinco de su único best seller: La historia de mi abuela.

5)

Ella camina sin prisa, usa sombrerito, lentes oscuros, muy colorados los labios; si la escena fuera una caricatura antigua, ella sería Betty Boop y cuarenta flores sonrientes cantarían y bailarían alegres a su paso. Ella entra a un edificio, cruza espejos, sonidos planos, miradas cejjuntas que la imaginan desnuda. Se detiene ante un mostrador y abre su bolso: en el fondo hay una pistola.

6)

Fue como un sueño: en el velorio de mi abuela, mi madre hablaba en voz baja con otra persona cuyo rostro no recuerdo. Le decía que, de joven, mi abuela se había metido en un lío grande y que mi abuelo la había salvado de la muerte. Tal cual. No. A mi abuelo nunca lo conocí.

7)

Él entra a la cabaña. Un dolor de muelas antiguo despierta, lento como un dinosaurio. Él se quita el casco, mira la escena: un hombre de paja en la mecedora, la chimenea congelada, montones de billetes verdes esparcidos por el suelo, los charcos de sangre... Él trepa por la escalera desvencijada, nubes de polvo como esponjas y el dolor de muelas rencoroso esperando en una esquina del cuadrilátero de su boca.

8)

Uno de los motores del avión tose, hace ruidos despiadados, en Australia hay un pájaro menos. El capitán oprime botones, mueve palancas, se rasca la cabeza, suda... El Bernal se rasca la cabeza y decide ahorrarse algunos renglones: el avión cae en picada al compás de la parte más hermosa del Ommadawn. El pasajero más viejo morirá con esas notas en la cabeza.

9)

Ella yace debajo de las tablas. Los labios pálidos, la boca llena de tierra, las manos atadas. Hay uñas, ojos desorbitados, sangre a borbotones: Ella grita y su grito espanta a una parvada de moscas. Ella es un gusano, el vaho que exhalan los dragones dormidos en el centro del mundo. Décadas más tarde, también en el centro del mundo, Satanás escribe cifras, hace sumas con una calculadora antigua y las cuentas no le cuadran, se asoma por la ventana de su despacho y mira hacia abajo; entre llamaradas y estalactitas alcanza a ver la fila de encapuchados recién llegados. Se mataron en un avionazo, le informa la secretaria. Satanás sigue sumando.

10)

Él escucha los gritos, baja saltimbanqui y los escalones crujen, de una patada parte en dos la puerta del sótano. Ella morirá de cáncer a los setenta años, lejos de esta cabaña, en un cuarto azul lleno de frascos y enfermeras. Pero ahora ella escucha los golpes, las tablas que crujen. De pronto, como en un sueño cinematográfico, entra la

luz y Ella mira el rostro enrojecido y desesperado, felino, bigotudo. Él es un arroyo ronco, feliz de encontrarla viva...

11)

Él y Ella cruzan bosques, puebluchos y valles a 120 millas por hora; la motocicleta arde como un infierno sobre ruedas, la cabaña está cada vez más lejos. Casi todos los billetes verdes fueron quemados. Arriba las nubes son piezas de ajedrez reacomodándose en un tablero profundamente azul y sin escaques. Un avión cargado de carne humana vuela como un moscardón anunciando algo, pero ni Él ni Ella lo escuchan, tan concentrados están en la velocidad de los minutos: al amanecer habrán cruzado la frontera y es casi seguro que en su historia de amor esté escrito un final feliz en technicolor...

12)

Fue como un sueño, llevaba años buscando ese libro. Lo encontré en un puestito de cosas usadas, en la calle, estaba amarrado con otros libros y la señora me pidió muy poco por todo el paquete; se sorprendió cuando le di todo el dinero que traía... Llegué a casa, estaba nervioso pero aun así puse café en la cafetera, ya sabes, el ritual: despejar la mesa, lavarme las manos, cortar con cuidado la cuerditita. Los otros libros no tenían la menor importancia, pero ahí estaba: La historia de mi abuela. En la contraportada, la foto del autor: narizón, cara de loco, audífonos enormes y patillas antiguas. Estaba diciendo adiós desde la escalerilla de un avión.





CURSOS DE CAPACITACIÓN

en temas de:

- Alta Dirección
- Administración
- Sociedad y Humanismo
- Finanzas
- Comercialización y Logística
- Emprendimiento

INFORMES:
cduran@mirra.cc www.mirra.cc

PROGRESIÓN DE OSCURIDADES

DE ANDREA FISCHER

MÉXICO

¡Cómo caíste del cielo,
Lucero, hijo de la mañana!
Derribado fuiste a tierra,
tú que debilitabas a las naciones.
Tú que decías en tu corazón:
«Subiré al cielo.
En lo alto, junto a las estrellas de Dios,
levantaré mi trono
y en el monte del testimonio me sentaré,
en los extremos del norte;
sobre las alturas de las nubes subiré
y seré semeiante al Altísimo.»
Mas tú derribado eres hasta el seol,
a lo profundo de la fosa.

Isaías 14:12-15

I

Se escucha un aleteo a lo lejos: uno de alas entumidas, que buscan en su temblor resquebrajado el calor de una luz perdida antaño, con la caída inexorable a la oscuridad perpetua. Con el golpe quedó una cicatriz en la tierra que no sana, que no perdona: de la que se escapan los lamentos de los que ya dieron su último suspiro, y que ahora se desgarran la garganta con los nudos que tratan de desatar. De la marca que se hizo de aquel día fatal, en el que Lucifer se desplomó al fin del mundo, se han hecho círculos más profundos, más inalcanzables, más fríos.

De ahí nacen valles, se alzan estalactitas, se abre la corteza entre alaridos y lágrimas ácidas que no ceden —y entre sus más lóbregos recovecos se escucha el aleteo: pausado, incansable, como un corazón que no quiere dejar de latir, a pesar de estar recubierto de tejido muerto y olvidado. De las vibraciones que exhala se han forjado círculos cada vez más apretados, y desde el punto último se escuchan las alas entumidas. Y en el espacio en el que se abren, danzan los desterrados de la felicidad: aquellos infelices que ya perdieron la luz de la mirada, que no sienten sus palabras, que se han quedado vacíos —

todos aquellos que solamente escuchan el aleteo dentro de sus carcasas, desplomándose eternamente en una progresión de oscuridades.

II

Tendemos a concebir a la oscuridad como un ente sin matices. Una manta inaccesible que se engendra con la falta de luz, de claridad: de la carencia del entendimiento añorado, de la pérdida inefable de la visión que nos da atisbos de tranquilidad en esta realidad turgente. Y es esta misma concepción la que nos limita a no poder ver más allá de la tela oscura: la que nos priva de sus patrones, de sus texturas, de sus sonidos. Es para nosotros un valor absoluto que no permite perspectiva, que corta de tajo el espectro que se abre ante la mirada.

Entonces, la identidad de la oscuridad se reduce a la negación de definiciones ya establecidas. Nos sistematizan a pensar en ella como la subordinación de algo más, y no como una entidad independiente. Chevalier, en El diccionario de los símbolos, lo define de la siguiente manera:

Negro. Contracolor del blanco (...). Como el blanco, puede situarse en las dos extremidades de la gama cromática, (...) se convierte entonces en la ausencia o la suma de los colores, en su negación o su síntesis. (Chevalier, 1986)

Y entonces me pregunto qué impacto tendría esta definición del siglo XX en los oídos medievales de un florentino que sí encontró matices en donde parecía no haberlos. Matices que transformaría en bruma, perdición y castigo. Matices que hablan desde el fuego perpetuo. Matices que forjaría en círculos cada vez más inexorables, más profundos, más oscuros. Matices que hablan de la oscuridad en degradación: aquella que resulta de la podredumbre del accionar humano, y de qué tan deforme queda el alma después, cuando se cierra los ojos por última vez.

III

Para Dante, la oscuridad hace énfasis en lo grotesco y desolado: es un reflejo de la mancha que carcome al ser de los condenados. La oscuridad que los recubra dependerá, por lo tanto, de qué tan

sombría sea la falta que el penitente hizo en vida, y a final de cuentas, efectuó sobre sí mismo. En este sentido, indica dolor y desesperación, e indiscutiblemente implica la soledad que de estos últimos se deriva. Sin embargo, la sustancia verdadera de la oscuridad no radica en todo esto: podría decirse que son las consecuencias inmediatas, pero no la esencia original.

Los condenados que el autor presenta buscan una segunda muerte: una oportunidad nueva de alcanzar una luz que ya no reconocen ni siquiera en sí mismos. Lo dice así, incluso, en los primeros versos del Canto I, en la voz taciturna del guía que escoge para su persona literaria:

Por lo que, por tu bien, pienso y decido
que vengas tras de mí, y seré tu guía,
y he de llevarte por lugar eterno,

donde oirás el aullar desesperado,
verás, dolientes, las antiguas sombras,
gritando todas la segunda muerte;

y podrás ver a aquellas que contenta
el fuego, pues confían en llegar
a bienaventuras cualquier día ... (Alighieri, 2012)

Hablo de la segunda muerte para introducir los distintos niveles de penumbra que Dante desarrolla en la primera cantiga. Y de cómo, además, los intercala con el fuego que no desprende calor. Con estos dos elementos se crea una dualidad dinámica, con la que nos induce al mismo estado de vigilia intermitente que predomina a lo largo de su caminar por el Infierno. Es a través de este ir y venir de imágenes, de la aparición súbita de personajes y las presencias evanescentes que lo acompañan, que el juego de la progresión de oscuridades se diluye, y queda implícito. Solamente se concreta cuando quiere marcar un cambio, un descenso, una negrura más densa y más impenetrable.

Conforme se hunden en la herida del monte del Sion, Virgilio y Dante pierden la noción de luz, que se ve transformada en llamaradas inasequibles. No son compañía, sino castigo que lacera y

que quema. Es el fuego que carboniza la identidad, que arranca la piel y se lleva el alma para dejar únicamente los vestigios del ser: una voz y el recuerdo de lo que fue, con el eco insipiente de la culpa, del error que no termina de disiparse nunca.

(...) toda resplandecía en llamaradas
la bolsa octava, tal como advirtiera
desde el sitio en que el fondo se veía.

(...) que con los ojos seguir no podía,
ni alguna cosa ver salvo la llama
como una nubecilla que subiese;

tal se mueven aquellas por la boca
del foso, mas ninguna enseña el hurto,
y encierra un pecador en cada centella.

(...) Y viéndome mi guía tan atento
dijo: «Dentro del fuego están las almas,
todas se ocultan donde se queman.» (Alighieri, Canto XXVI)

Habla de resplandores y no de luminosidad. Nos adentra en el octavo círculo con la imagen de las lenguas de fuego que ve desde arriba, a distancia. Describe esta ceguera a medias, que no le permite ver nada a pesar de las llamaradas. Es más bien este elemento calcinante que ocupa su atención, y le da vida: movilidad, dinamismo, como una nubecilla que subiese, pero que no muestra su contenido. Encierra al pecador como si fuese su única esencia, su razón de ser: lo priva de rostro y nombre, y es entonces el discurso de los penitentes lo que les da corporeidad.

El mayor cuerno de la antigua llama
empezó a retorcerse murmurando,
tal como aquella que el viento fatiga;

luego la punta aquí y acá moviendo,
cual si fuese una lengua la que hablara,
sacó la voz, ... (Op. Cit.)

Dante castiga la ira con la pérdida de identidad absoluta, y a pesar de esto, es interesante que regale una licencia al personaje de Homero a través de la palabra: y sacó la voz. Ulises se da a conocer a través del recuento de su pecado, y se desarrolla la imagen con su discurso. Por lo demás, el personaje queda reducido a ser un fulgor más del Infierno: una de sus chispas múltiples, que no alumbran, sino prenden fuego.

Y es en esta constante pérdida del calor que el Infierno se consume. En ver el dolor a la lejanía, por medio del habla de los otros, apestados del Paraíso, o de la interpretación sentenciosa de Virgilio, que no conoce la luz en su totalidad tampoco. El hielo perpetuo que reside en sus láminas más profundas es la expresión en potencia de la carencia absoluta del factor luminoso, y de la misma manera, la antesala de la esencia de la oscuridad.

Dante desarrolla la oscuridad a lo largo del Infierno en distintas facetas: primero, en la parte más superficial, la de la bruma de almas que se agolpan en un peregrinar sin destino; luego, la de la distancia al dolor ajeno, presentado en cuerpos distorsionados y amorfos, consumiéndose en sus propios lamentos que nadie escucha; más abajo, la de las voces escondidas dentro del fuego eterno; y finalmente, la de la carencia absoluta de esperanza: congelada, estática, con el rostro paralizado ante la pérdida total del ser.

En última instancia queda el pozo más profundo: ahí, donde solamente se escucha el aleteo entumido. Ahí, en el silencio perpetuo del olvido, donde se alcanza a distinguir la carrera de una lágrima que se desploma del párpado del Lucero que se cayó antaño, y ahora aletea más lento, más dolorido, eternamente más solo, enfriando su escarmiento con el movimiento de sus alas. El Lucero aletea, en su progresión infinita de oscuridades. El Lucero aletea, aletea.

Referencias

- Jean Chevalier. (1986). *Diccionario de los símbolos*. París: Herder.
Dante Alighieri. (2012). *Comedia*. Madrid: Cátedra.

IMPONDERABLES

DE MARÍA ELENA SARMIENTO

MÉXICO

Pocas fiestas han causado tanta envidia como la del cuadragésimo aniversario de Renato y Serena. No sólo era el lujo del salón, los candiles perfectos, las orquídeas blancas que se besaban en cada centro de mesa sobre los manteles almidonados, ni los vestidos de diseñador, las alhajas deslumbrantes y las personalidades que fueron invitadas, sino el hecho mismo de cumplir cuarenta años de casados.

A sus sesenta y un años, Serena flotaba radiante de un lado al otro del salón, asegurándose que a su grupo de meditación le sirvieran el plato vegetariano, que a Genaro le prepararan las bebidas con menos alcohol que a los demás, que José y Carmela quedaran en mesas distantes y todavía se dio el lujo de presentar a su flamante nieto, llevándolo en brazos a cada mesa. Estaba en su elemento, aunque no tuviera las barajas en la mano ni el delantal de encaje ni su vestido blanco para dejar fluir la energía positiva.

Renato, por su parte, estrechó todas las manos importantes y una diminuta cintura que prometía grandes placeres, agendó citas para juegos de golf y desayunos productivos, inclusive, ahí mismo cerró una buena venta. Su sonrisa brillaba.

El momento más emotivo de la fiesta fue cuando Renato habló de los tiempos difíciles cuando Serena tuvo que dejar la pintura y entrar a trabajar en una oficina. Luego llegaron los hijos y Renato dobló turnos para que su mujer se quedara en casa, y así fue, al principio. Seis veces se habían cambiado de domicilio desde entonces, cada vez a lugar mayor, pero ahora las únicas veces que ella estaba en casa era cuando había invitados.

Renato siguió su discurso comentando que la ventaja de ser socio de la compañía era que no tenía que jubilarse cuando estaba tan pleno de vida. Todavía tenía tiempo para romper

nuevas marcas de productividad. No lo dijo, pero en ese momento se sentía el dueño del mundo.

Una semana después se le juntaron varios eventos: quedó en último lugar en el torneo de veteranos del club de golf, la dueña de la cintura diminuta lo veía como padre, y lo peor, el socio mayoritario decidió vender la compañía y, por lo tanto, a Renato le había llegado el momento de la jubilación. Se quedó sin habla. No lo esperaba tan pronto. Saliendo de la oficina le dio un infarto. Todo sucedió tan rápido que no tuvo tiempo de asimilarlo.

En una pequeña casa frente a la playa, Renato recordaba vagamente al doctor aconsejándole que debía vivir a nivel de mar, a Serena haciendo los preparativos, atónita ante la necesidad de abandonar su casa y ante el riesgo de perderlo, y a su propio dolor de dismantelar su mundo a esas alturas para iniciar una vida en otra parte. Renato envejeció en un abrir y cerrar de ojos.

Casi no hablaron durante los primeros días en su nuevo hogar. No tenían amigos ni ocupaciones externas. Ella pasaba el tiempo limpiándolo todo, guardando y cambiando de lugar sus pertenencias; él se sentaba en una mecedora con la vista fija en el mar.

Un día, sin saber qué más acomodar, ella se sentó junto a él. Renato se sintió extraño, pero después de haberla obligado a dejar su mundo, no tuvo corazón para alejarse. La danza de las olas sucediéndose una tras otra reblandeció sus rencores añejos. Esa noche durmieron más cerca que de costumbre.

Al despertar, la paz del lugar invocó las sonrisas empolvadas tras la rutina. Sin proponérselo, Serena y Renato se tomaron de la mano como novios para iniciar lo que se convertiría desde ese momento en su ritual matutino: caminar descalzos en la playa dejando que el mar mojara sus pies.

Serena retomó su lienzo y pincel olvidados y comprobó asombrada que su mano todavía podía crear los cuadros de los que su marido se había enamorado por primera vez. Los muros de madera se cubrieron de vida y, por increíble que parezca, hasta se le quitó lo quejumbroso a Renato. Ya no importaba que sus camisas tuvieran una pequeña arruga, que los huevos tibios se

hubieran pasado de tres minutos con veinte segundos ni que Serena deambulara sin maquillaje por la casa. Solamente protestaba por el olor a solvente con el que se había impregnado el saloncito donde Serena acostumbraba pintar. Él abría las ventanas, pero apenas se distraía, ella las volvía a cerrar para seguir disfrutando la vista sin sufrir el viento frío de la tarde.

Serena también refunfuñaba menos. Ya no había juntas a deshoras ni otro labial más que el suyo, ya tenía en casa alguien con quién platicar, alguien que estuvo a punto de morir y que la necesitaba.

Tarde o temprano tanta felicidad espanta y a cada quien por su parte, la certeza de la muerte les cayó encima. Renato la fue aceptando poco a poco, pero Serena no quería sobrevivir a su marido por miedo a quedarse sola. El paraíso se les escapaba de las manos. Ya estaban viejos y tenían que tomar providencias.

Renato compró un perro, pero Serena no se conformaba con la perspectiva de esa compañía. Se imaginaba abandonada y lo culpaba a él por haberse acercado a ella en sus últimos días, por haberle regalado el tiempo y el mar y la ventana al cielo y su presencia.

Él entendía sus preocupaciones, pero de la muerte nadie escapa, y de nada le servía la promesa de que la sobreviviría. Quería de vuelta a su compañera de unos meses atrás, así que cuando Serena ideó un plan, Renato lo aceptó de inmediato.

Ella pintaría un retrato de cada uno; el que sobreviviera al otro se quedaría con la pintura de su cónyuge para hacerle compañía y las cenizas del cadáver se juntarían con las del cuadro incinerado del sobreviviente para que en el más allá también siguieran juntos, como un símbolo de que regresaban al origen pero que ni la muerte lograría separarlos.

Una imagen nunca podrá sustituir al compañero, pero de alguna forma el proyecto apaciguó a Serena y volvieron los meses de tranquilidad. Ella permitió que su corazón la guiara al pintar el cuadro de su marido. Era tan real que los dos lo observaban en silencio, esperando escuchar algún sonido. El mar a su espalda daba la impresión de esperar amoroso.

Con su autorretrato se tardó un poco más. Había colocado un espejo junto a la ventana, como si la playa le pudiera aconsejar qué colores usar.

No lo terminó a tiempo. Renato falleció una noche mientras dormía.

Los hijos llegaron a darle el pésame. Ella les pidió que se quedaran ahí una temporada, pero estaban demasiado ocupados. A los pocos días, Serena se quedó sola con el perro.

La urna de Renato parecía apurarla con el autorretrato. Con lágrimas en los ojos, por fin lo terminó. Al día siguiente cumpliría su promesa.

Sintiendo la muerte en carne propia, se sirvió una copa de coñac tras otra para aliviar la tensión, pero no se sintió reconfortada. Recordó que había guardado una cajetilla que alguien había olvidado. Prendió un cigarro y se quedó dormida.

Desde entonces, se ven dos siluetas caminando de la mano entre las olas. Junto a ellas, salta de un lado para otro la sombra de un perro.



¿POR QUÉ NO GRITARON?

DE CECILIA DURÁN MENA

MÉXICO

Por aullar a la luna, merodear entre las calles oscuras, espiar a los enamorados que llegaban a la parte menos iluminada de la playa y nutrirse de malos pensamientos, se convirtió en una bestia de mal agüero. A simple vista, nadie era capaz de notar nada: la voz suave, como un hilo, tanto que en ocasiones no se hacía escuchar; los modos amables y la sonrisa pronta, las cejas juntas, parecía un bobo; la figura, corriente: ni la estatura, ni la complexión, ni la mirada lo delataban. ¿No que los ojos son las ventanas del alma?

Nunca levantó sospechas. El aspecto opaco lo remitía a un símbolo lunar, un ser menguante que se eclipsa entre las vidas y pasa desapercibido, un cuerpo carente de luz propia. Era una sombra, soluble entre la gente, borrada del interés de las personas. El único atributo que le podía dar identidad era el que más detestaba: ese olor a pescados y mariscos que se adueñaba de él, que lo penetraba con la fidelidad del pie de atleta y se negaba a abandonarlo. Por más gel anti-bacterial, jabón líquido o en polvo, talcos, lociones y remedios que utilizara, Toñito el pescadero siempre apestaba a sal de mar y a amoniaco.

¡Ay, pobre! Con lo atento que es, ni quien aguante al muchacho que huele a camarón. La cara se le enrojecía cada que escuchaba cómo sus clientas susurraban por lo bajo, como si no las pudiera escuchar. Jalaba el aire para controlar el rubor sin lograrlo, sin que en realidad importara, porque a Toñito el pescadero nadie le prestaba atención. Encima, no tenía la dignidad de los pescadores, quienes antes de amanecer, ya se habían hecho a la mar para trabajar entre redes, olas y peligros, y

que al regresar a tierra contaban historias que volvían locas a las tontas del pueblo.

¿Qué historias podría contar, Toñito el pescadero, para enamorar a las chicas? Que recogía cajas llenas de pescados, que ordenaba los huachinangos junto a los meros y al lado de los mariscos; que les sacaba las tripas y las espinas por la boca para dejarlos listos para ser cocinados o que abría el puesto de seis a una para atender a clientas que luego de pagar y recibir el cambio se olvidaban de él. No. Ninguna recordaría los hoyuelos en las mejillas, ni la nariz ancha, ni las manos tan grandes, ni la habilidad que tenía para usar el cuchillo descamador. ¿A quién podría interesarle que al bajar la cortina del local en el mercado, iba al bar a echarse unos pelotazos de tequila antes de llegar a comer los potajes espesos que preparaba la madre y tanto le gustaban al padre y a él le seguían revolviendo el estómago? A los viejos les interesaba tanto, que ni se enteraban que llegaba a casa arrastrando la lengua, tambaleante y con un aroma a alcohol. Tal vez, porque se perdía con el hedor a pescado.

¿No que los detectives son tan inteligentes? Ésa era la pista para dar con él. Pero nadie pone atención. Dicen que ven, pero traspasan con la mirada sin notar nada. Se embrutecen frente a la pantalla del televisor como sus viejos, o de la computadora como las de la oficina del municipio, o del teléfono móvil como casi todos los demás. Pudo haberles sacado las entrañas en los portales y nadie se hubiera dado cuenta. Pero, después del escándalo que atrajo cámaras y micrófonos del noticiario de la noche, todos querían ser entrevistados y dar su versión de las cosas. Hasta el señor Gobernador se dio cita para dar una conferencia de prensa con el señor Alcalde, que a esas alturas ya se le había quitado la sonrisa que lució en los carteles para la elección.

Se enteró de oídas que trajeron a un tal Francisco Riverol a investigar los asesinatos de las niñas en el pueblo. Decían que tenía experiencia, que ya había resuelto otros crímenes parecidos en la ciudad de Guanajuato y que era muy bueno. Fue a asomarse a la comisaría para conocerle la cara. Siguió sus pasos, aprendió

sus rutinas y hasta chocó con él al topárselo en la banquetta frente a la presidencia municipal. Como los demás, el detective lo ignoró cuando dijo un usted disculpe casi imperceptible.

Las chismosas que compraban en su puesto decían que el detective iba a identificarlo fácilmente, que la mirada lo delataría. Repetían las palabras del inspector como si ellas las hubieran escuchado de primera mano: las pupilas, las pupilas van a delatar a esta bestia de mal agüero. Lo van a agarrar y le van a sacar las tripas por la boca, igualito que lo hizo él. Sí, los ojos son las ventanas del alma. Por eso se mira constantemente en el espejo. Intenta descubrir eso que dice el detective y no logra encontrarlo. Dicen que dijo que encontraría al dueño de esa mirada: a ese monstruo que vio lo que le manchó los ojos para siempre. Ésa sería la pista.

Toñito el pescadero, por más que mira, no encuentra esas señas que busca Francisco Riverol. No hay nada en el reflejo del espejo que lo haga sospechoso. Imbéciles. Las pistas no están en lo que se vio o en lo que se escuchó. Nadie lo ve ni lo escucha. Siempre es igual. Incluso cuando llevaba a las niñas. No tuvo que ocultarse. No hizo falta esconderse. Caminó con ellas por las calles, con la navaja presionando las costillas, pasó frente a la panadería, cruzó la Calle Principal, atravesó la plaza. Ni la gente en las banquetas, o la del quiosco, o la que salía de la iglesia repararon en lo extraño que era que un hombre y una niña estuvieran caminando tan juntitos. Los policías estaban más atentos a la narración radiofónica del Clásico de fútbol que de cuidar a la gente. Tantos ojos y tantos oídos, y nadie los usa, al menos no para fijar su atención en él, el pescadero. Por eso pudo hacerlo dos veces. Primero una y luego otra. Cada una tuvo su día.

Eso sí, muchos arrugaban la nariz, o se llevaban la mano a la boca. Algunos, incluso, sacaban el pañuelo al percibir el olor. Era como si el tufo saliera de la nada. Como si las niñas fueran envueltas en su oscuridad porque tampoco a ellas las vieron al pasar frente a todo el pueblo. Nadie vio nada. Ninguna persona dejó lo que estaba haciendo. Todos siguieron en lo suyo. Cada

quién va cargando sus propios secretos, ocultando sus vergüenzas particulares, salvaguardando las honras mancilladas y los prestigios despostillados. Cada uno haciendo malabares para que no se noten esas grietas, tan ocupados en sí mismos, que ver a un matón que lleva a su víctima de la mano, pasa desapercibido.

Riverol no se da cuenta. Anda ensimismado, con los sentidos en donde no deben de estar; sintiendo que el tiempo se le acaba, que el minuterero no está a su favor, porque aunque la indignación sea grande, la gente olvida. Hasta los deudos se cansan. El enojo cambia de lugar. La gente pone la mira en el detective, no en el asesino. Todo se revuelve. El coraje tiene un nuevo vaso receptor. La investigación se empantana. La desesperación forja errores. La justicia se aleja.

Paciencia.

Riverol sabe trabajar bajo presión, vuelve a repasar las pistas. Analiza las evidencias. Los vestiditos quedaron llenos de arena y penetrados por el olor al mar, con un tufo a amoníaco. Mira las fotos. Relee los informes. Los testimonios son tan parecidos en ambos casos. Hablan de las niñas vivas: de lo lindas que estaban, de lo bien que se portaban, de las magníficas estudiantes, de lo queridas que eran por todos en el pueblo. Pero nadie las vio antes de morir ni recuerda haberlas visto pasar ni notaron nada raro esas tardes. ¿Cómo fue que acabaron en la playa? ¿Cómo llegaron hasta allá sin que un par de ojos notara que algo andaba mal? Llegaron vivas, caminando. Las huellas sobre la arena lo dejaron claro.

Nadie se fijó en esos rostros infantiles pálidos, con los labios temblorosos, las manos apretadas y las miradas ansiosas. No hubo alguien que interpretara el lenguaje de un cuerpo pidiendo auxilio. Nadie sospechó de esa docilidad extrema. No hubo a quién le pareciera extraño que un adulto se dirigiera con una niña a la playa al caer la noche. ¿Por qué no gritaron?

Y, si lo hubieran hecho, ¿alguien las habría escuchado?

Riverol sabe que los asesinos tienen fascinación por las escenas del crimen. Para muchos son un santuario, un espacio de repetición. Sale de la comisaría. Recorre los portales, camina por

la calle del mercado, pasa frente al puesto de pescados. Huele.

Toñito el pescadero cierra la cortina del local. Se dirige al bar a echarse unos pelotazos de tequila antes de llegar a comer los potajes espesos que prepara la madre y tanto le gustan al padre y a él le siguen revolviendo el estómago. Sale tambaleándose. Merodea entre las calles oscuras, recuerda a los enamorados que llegaban a la parte menos iluminada de la playa y lo nutrían de malos pensamientos. Camina por la arena y eleva la mirada a la luna llena. Le dice a la niña que si grita, le abre la garganta.

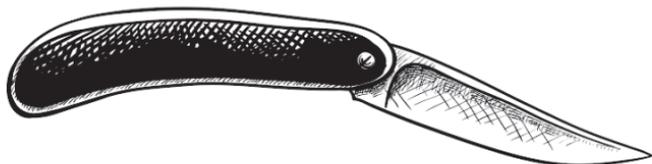
Riverol ve a alguien que contempla el mar. Es un hombre que se disuelve entre las sombras, que se confunde con el reflejo alargado de la luna sobre el agua. La brisa alborota los olores. Una ráfaga levanta los granos de arena. Lo envuelve el polvo. Alza las manos para protegerse la cara. Cierra los ojos. Huele.

Huele.

Sal de mar.

Amoniaco.

Abre los ojos. Los ve. Desenfunda. ¡Arriba las manos! La niña grita. Se suelta. Corre. Toñito el pescadero fija la mirada en el detective. Tal vez los ojos sí son las ventanas del alma. Riverol reconoce el olor. Tal vez los detectives se guían por el olfato. Tal vez las pupilas sí están manchadas. Tal vez fue un golpe de suerte. Toñito el pescadero vuelve a mirar la luna. Tira el cuchillo descamador y le ofrece las muñecas al inspector.





Santiago Delgado
México



CAFÉ CON FÁTIMA
Regina Ulloa Pérez
México





DESDE UN ÁNGULO DIFERENTE

Misaki Matsuda

México

(Izquierda arriba)

Martha Echevarría

México

(Izquierda abajo)

IN MEDIAS RES

Valeria Flores López-Araiza

México





Santiago Delgado
México

(Izquierda)
Martha Echevarría
México



CLAROSCURO
Misaki Matsuda
México



Misaki Matsuda
México



MIENTRAS LOS DEMÁS DORMÍAN

Sula Allibone

Escocia



SIMULACIONES
Daniela Fischer
México

RETAZOS

DE CECILIA MARÍA REVIGILIO (JOSEFINA DELLA FLORA)

PRIMER LUGAR ARGENTINA

Reaccioná, te decís a vos misma, en medio del caos. Calles cortadas, el teléfono que no para de sonar, murmullos, gente que llora y se amontona contra la barrera que pusieron en la esquina. Dos, tres, cuatro, mil carros de bomberos, una llamarada enorme ahí, frente a tus ojos que se pierden entre los ojos de otros tantos que quieren saber, pasar, ver, buscar. Vos no buscás a nadie. No tenés nadie a quien buscar. Y ahí, en medio de ese caos, sin reaccionar, las imágenes, como llamaradas.

El laurel de adorno de la casa de al lado está florecido. Lo mirás desde tu corta estatura de nena que empieza a hablar, con la sorpresa de un mundo que sigue ahí, todavía sin ser descubierto del todo. De pronto, en el cielo, en el aire, un punto anaranjado que se mueve. Lo observás seria. Estás sola en el patio. Tu madre debe de estar adentro. Mirás esperanzada la ventana de la cocina, por donde ella suele verte mientras prepara la comida y vos jugás, pero no está. El punto crece y se acerca cada vez más. Querés correr hacia tu mamá, pero no te movés. Entonces, escuchás en el patio de al lado, el de los laureles de adorno, la voz de tu tía Albina. Soltás el llanto y exclamás: Tía, tía, una maría pososa...

Te escuchás decirle algo sobre tu casa a un agente que cuida la barrera. Él te pregunta si alguien de tu familia está allí, si estás buscando a alguien. Hacés que no con la cabeza. Ya no podés hablar. Te dice entonces que te vayas, que todo va a estar bien. Pensás en tus libros, en tu biblioteca.

Estás en la cama. Tenés tres o cuatro años, no más porque todavía vivís en la casa junto al patio de los laureles, esa de la que te mudaste, se mudaron, el año que empezabas el jardín. Es de noche y acabás de despertarte. Un ruido, como un crujido, tal vez en la escalera. Desde la inmensidad de esa cama que te dobla, casi, en tamaño, ahora ves una figura más inmensa aún a los pies de tu cama, recortada por la luz que entra desde el corredor. Entre dormida te das cuenta de que es tu padre. De vuelta de su viaje de trabajo en Buenos Aires, deja algo en los pies de tu cama. Sabés que es un libro de cuentos y que en la cama

de tu hermana mayor, que duerme al lado, dejó o dejará una revista Anteojitos. Él no se da cuenta de que estás despierta. O sí, y hace de cuenta que no. Es invierno, pero tenés los brazos fuera de las frazadas. Te hacés un bollito y volvé a quedarte dormida.

Movete, movete. No tiene sentido seguir acá, clavada al piso, la vista fija en la llamarada. No van a dejarte pasar. No hay nada que hacer, más que esperar. ¿Cómo aprender a esperar, justamente vos? ¿Qué hacer mientras tanto si no es quedarte clavada, hipnotizada por el fuego?

Hipnotizados están todos, vos incluida. Subidos a ese juego enorme, altísimo que tiene tu jardín de infantes y por el que te convenciste de que estaba bien empezar a ir. Una plataforma redonda de madera a la que se llega por una escalera y desde allí, dos toboganes larguísimos y un palo de bombero. Pero no es el juego el que los tiene hipnotizados ahora. Las maestras tratan de convencerlos de que bajen, que vamos al salón, que hay cosas hermosas para hacer. Pero ustedes, nada. Todos miran absortos hacia el terreno de al lado. Sobre un pino enorme, un pavo real abre su cola de fantasía y se mueve para ustedes lentamente, sabiéndose mirado. Abrís y cerrás rápido tus ojitos oscuros. Te sorprende ese despliegue de plumas y colores. El pavo abre y cierra la cola que parece tener mil ojos que te miran. Hace un sonido suave, como cuando tu mamá corre las cortinas para que entre el sol en tu pieza. Y tus ojos parecen encandilarse ahora, frente al pavo, igual que cuando la pieza se ilumina de pronto con el sol de la mañana. El revuelo termina cuando llega un empleado de la bichería de la esquina, alertado por la directora del jardín. Todavía no la conocés, pero cuando aprendas la palabra pavonearse te acordarás de esa mañana en el jardín y del pavo real.

Todas las caras te parecen extrañas. No conocés a la gente que se agolpa en la esquina de tu casa. ¿Cómo puede ser, si deberían estar ahí tus vecinos, esos que cruzás en la panadería, en la parada de colectivos, en el cajero automático? ¿O serán los mismos pero tan distintos que no los reconocés?

¿A mí?, preguntás sorprendida. Es Ladislao el que está parado frente a vos y pregunta si querés bailar. No, no puede ser a vos. ¿Por qué Ladislao habría de invitarte? Él se aleja, dándote la espalda, confiado de que lo seguirás hasta la improvisada pista de baile. Así

actúan los chicos lindos. No saben que les pueden decir que no. Lo ves girar, hacer un gesto de desconcierto, abrir un poco los brazos, flexionando los codos y volver hacia vos. ¿No vas a bailar conmigo?, dice. Tenés 12 años y estás en el cumpleaños de tu compañera de escuela, Carolina, que organizó un asalto en su casa. Lo seguís algo confundida. Es una canción lenta y él te toma de la cintura sin pudor y te mira con aquellos ojos celestes y chiquitos. No sabés dónde esconder los tuyos negros y grandes y bajás la vista. Él te hace una broma sobre eso. Vos sonreís y para evitar su mirada, dejás que se acerque más y casi apoyás el mentón en su hombro. Casi.

Ahora una mano se aferra a tu brazo y te tirona. Vamos, dice suavemente, salgamos de acá, no hay nada que hacer. Te dejás llevar. Ves todo lo que pasa cerca como en una película, caras, gestos, movimientos lentos y exagerados. No escuchás nada. Sólo sentís la presión de la mano contra tu brazo y una fuerza que te empuja mientras avanzás en medio del caos.

Tenés 17 años. Volvés de tu viaje a Bariloche. Durante la larguísima noche en el colectivo, te subió fiebre. Todavía no lo sabés, pero en un rato te dirán que tenés la fiebre más alta de tu vida: cuarenta y dos grados. No te podés mover del asiento. Esperás a que todos bajen para caminar hasta la puerta del micro y casi tirarte en los brazos de tu papá. Avanzás suspendida, colgada de sus hombros y de alguien que creés reconocer como la madre de una amiga. La tuya, por supuesto, camina al lado con un gesto trágico. Los rostros de los adultos te miran descompuestos, haciendo grandes muecas lentas. Todo pasa como en una película. Cuando a mitad de mañana llega el médico de la familia a verte, abris los ojos. Está parado en el vano de la puerta y sonríe, como siempre. Mientras te examina, murmurás, ¿Voy a curarme? Te parece imposible. No recordás cómo es sentirse bien. El médico tira la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

Ya estás lejos de la esquina de tu casa. Llegaste a una plaza con la amiga que te sacó del lugar, te sentaste en un banco. Hace frío pero necesitás respirar aire limpio. El telefonito sigue sonando. A veces podés atender; a veces no. Levantás la vista de pronto. Otra amiga y tu hermana corren hacia vos, cruzando la plaza. Se abrazan. Todavía no llorás.

PEZONES PUNTIAGUDOS

DE GINA AGUAD VACCARI

SEGUNDO LUGAR CHILE

No es hija mía. Es hija de la señora Dictadura y don Revolución. Dijo el Acartonado dando la espalda a la niña indígena, muy sorprendida al ver la calavera que coqueteaba con su sombra. Al decirlo, le colgaban los hilos desde el ojo derecho de su corazón culpable de indiferencia.

Alzó su mano izquierda y continuó en voz grave: Esa noticia que trajo el caballo amarillo y su ridículo jinete no tiene validez alguna.

Les vuelvo a repetir. Yo no tengo nada que ver con su presente. Cuando la conocí ya era calavera... Una porfiada y flaca calavera que llegó hasta la plaza a contarnos historias de las cuatro cabezas sangrando desde las alturas.

Dijo que Santa Anna nada tuvo que ver, que Porfirio nada tuvo que ver, que Juárez nada tuvo que ver, que Zapata nada tuvo que ver, que Maximiliano nada tuvo que ver. Y siguió con una lista interminable sin orden alguno. Bajó la voz siguiendo el trazo de las nubes cuando entró la Cosecha con sus pezones puntiagudos, su vientre abultado, sus piernas hinchadas de historia, a sacar en cara su poca libertad. Vi como las sombras se hacían más largas y quedamos sin mirarnos en la mitad del medio de la nada.

SACRIFICIO

DE CECILIA MARÍA PAGANI

TERCER LUGAR ARGENTINA

Hermoso, sano, sin tintura. Se sorprende la mujer; y arremete con la tijera.

Ella ha sacado las cuentas y no llega al domingo. La mesa va a estar vacía.

Nada. Ni una moneda.

¿Adelanto? Imposible, le había dicho el Negro, si recién lo contratan en la fábrica.

¿Prestado? ¡Mujer, estás loca! ¿Quién tiene a esta altura?

El Negro quiere el festejo para cuando cobre el aguinaldo.

Pero ese domingo, protesta ella, el primer añito del Marquito y vienen su suegra y sus cuñadas y las primas.

No. No llega.

Nada. Ni un mísero centavo le queda.

Ella ha visto el letrero en el centro, en un salón, en una esquina. No lo piensa dos veces, y allá va. Y entra y arregla y se sienta en el sillón giratorio, frente al espejo.

Hermoso, sano y sin tintura, dice la mujer.

La tijera muerde.

Una lágrima arde en su cara caliente.

Y ella lo sabe, sabe cómo el Negro enloquece.

Sí, al Negro le gusta cuando ella se aparece para él, cubierta sólo con ese telón de terciopelo que suelta y despliega sobre su espalda, cae hasta los muslos, la envuelve, le cubre los pechos blancos. De azúcar.

La tijera mastica sin pausa, con hambre.

Y él se enreda y juega y se fascina bajo ese manto suyo, lacio y tinto, sembrado de estrellitas diminutas, brillantes.

La tijera desgarrar. Más y más.

No importa. Él va a entender.

Ahora tiene para la torta. Porque no hay cumpleaños sin torta y vienen la suegra y las cuñadas y las primas.

EL CALCETÍN DESHERMANADO: UN CUENTO QUE PODRÍA SER (O ES) INFANTIL

DE JUAN RAFAEL MUÑIZ HERRERA (TALLERISTA)

MENTIÓN ESPECIAL *ESPAÑA*

Érase que se era en la era en la que fuera, un calcetín al que todos llamaban Deshermanado. Era entradito en años. Su tejido de nailon era endeble, especialmente en la parte del talón y en la de los dedos. Su rasgo más identificativo eran unas pequeñas ondulaciones que lo recorrían de arriba a abajo. Deshermanado tenía un color indefinido, entre negro y gris tirando a azulado. A su lado, parejas de calcetines tupidos, de colores chillones, de tejidos robustos y potentes. Unos eran cortos, otros cubrían hasta la rodilla. Unos eran deportivos, otros más elegantes. Eran calcetines felices. Estaban completamente unidos, de hecho eran iguales entre sí. Se acoplaban a la perfección. Descansaban uno dentro de otro (esto era lo que más envidia le causaba). Todos trabajaban juntos, y después de un intervalo breve de limpiado y secado a solas, volvían a unirse de nuevo.

Precisamente, justo después de la colada llegaba el único momento de la semana con algo de interés para Deshermanado. Las manos de su dueño empezaban a clasificar a todos los calcetines. En ocasiones, a la desesperada, lo cogía del cajón por si aparecía de una vez su pareja. Deshermanado había dejado de ilusionarse, aunque no podía negar que sentía cierto alivio cuando las manos de su dueño lo tocaban, doblándolo, volviéndolo del revés, intentando identificar de una vez cuál era su color para poder hermanarlo. Pero nada, después de esperar un buen rato a solas sobre el reposabrazos del sofá o encima de la cama, su dueño le daba una triste media vuelta, lo replegaba sobre sí mismo y otra vez al cajón. Allí se moría de aburrimiento mientras parejas jóvenes de calcetines iban y venían, y él poco a poco, iba arrinconándose en la esquina más oscura. Allí recordaba los tiempos en los que aún no había perdido a su pareja, tiempos de trabajo duro, de sentirse

útil, de tener su sitio. Allí reflexionaba acerca del destino de los calcetines. Allí añoraba trabajar y volver a casa después de una jornada dura, pasar por la colada y reencontrarse con su igual, con su alma gemela. Allí soñaba con volver a ser feliz, si es que eso era ya posible.

Pero un día, su dueño abrió el cajón. Y en vez de coger una pelota de las que formaban cualquier pareja de calcetines, cogió a Deshermanado. A él y solo a él. No sabía para qué. Siempre que salía de aquel triste cajón era para ir a parar al montón de calcetines recién limpios. Pero esta vez vio como era introducido en una bolsa de plástico. Confundido, pasó allí toda la noche, sin saber cuál sería el motivo por el que se encontraba en ese lugar. Lo que tanto tiempo había estado temiendo parecía al fin consumarse. Su dueño no tendría más remedio que tirarlo a la basura. En el fondo, lo entendía y no le guardaría rencor. Para qué iba a querer nadie un calcetín solitario que ocupaba, aunque poco, espacio en un cajón.

Helen tenía cuatro años. Era morena, muy morena. Su cara era tan pequeña y su pelo tan voluminoso y rizado que la combinación de ambas cosas causaba admiración a todo aquel que la observaba. Sus ojos eran negros como la tinta de un calamar. Tenía una nariz chata, con dos diminutos agujeros por los cuales parecía imposible que pasara el aire. Su boca guardaba unos dientes finísimos y muy blancos sellados por unos labios delicados, rosas y brillantes. Helen era muy divertida, aunque su mirada transmitía una profunda seriedad rayana a la nostalgia. No era muy amante de ir al cole, no por nada, es que no le gustaba hacer las cosas por obligación. Pero esa mañana estaba de muy buen humor. Cogió su mochila, con Deshermanado dentro envuelto en una bolsa de plástico, a la que a última hora se habían unido un puñado de garbanzos, unas tiras de tela y una bobina de hilo. La maestra lo había apuntado en un papel que Helen hizo llegar a su padre.

En el cole, Helen llenó su calcetín con garbanzos, dibujó unos ojos, una nariz y una boca, y con la ayuda de la profe cosió unas tiras de tela que hacían las veces de cabello. Cuando su padre llegó al cole para recogerla, Helen le enseñó

nerviosa a Deshermanado. Estaba tan entusiasmada que apretaba fuertemente los dientes de emoción. Le hizo prometer que le acompañaría siempre, que nunca querría separarse de él. Y así fue durante mucho tiempo. Lo llevó con ella al parque, a la playa, a los cumpleaños de sus amigos. Helen pasaba horas y horas jugando en su habitación donde Deshermanado era el rey. Allí conoció a todo tipo de juguetes, a otros calcetines de Helen que casi siempre andaban deshermanados como él. ¿El destino de un calcetín era transformarse en un juguete? ¿para eso había sido creado? Quién sabe. Lo cierto es que Deshermanado fue tremendamente feliz, conoció mundo, no se atormentó demasiado por el triste momento en el que fuese olvidado y abandonado, quiso mucho a aquella niña y nunca más volvió a su triste cajón.



PENA DE MUERTE (EL AVE Y EL CONDENADO)

DE GABRIEL FERRER

MENTIÓN ESPECIAL *ESPAÑA*

Es de mañana, apenas acaba de salir el sol, y la vieja ya está arreglada. Se regocija con el canto de su pequeña ave, abre la puerta de su jaula y le sirve alimento. Acercarse a su casa endulza la rutina, el jardín está muy bien cuidado. Si se adentra en ella, la pulcritud de su sala y los olores de la cocina rompen el tedio.

Ella aparece en la puerta vestida con una falda que le cuelga bajo las rodillas, de un color blanco lustroso que empata con el de sus cabellos. Da los buenos días y agradece al conductor de la camioneta que le espera en la puerta. Emprende el camino a la prisión donde está detenido su hijo, Juan, desde hace ya algunos años. Su rostro, por primera vez, se muestra nervioso.

Llega a la sala de visitas y aparece Juan detrás de un cristal. Intenta tocar su mano o, por lo menos, el revés del vidrio donde se posa. Hablan, pero nunca se escucha el diálogo. Ella lo mira con la paciencia de los pescadores que observan el horizonte.

Juan lleva en su espalda el signo de la muerte. A él solamente le toca esperar, sin ninguna esperanza real, que pasen los días hasta el último en que ya no habrá más cuenta. Sus gestos contrastan con los de su madre, es como mirar una poderosa ola que rompe contra una delicada balsa que, increíblemente, permanece en el mismo punto. Ella lo escucha con la calma de las piedras que por debajo de los ríos dejan pasar su cauce. Lo han condenado por dar muerte a dos hombres, la misma muerte que ahora lo reclama. Solamente él sabrá cómo será este encuentro. Pasan los minutos y las horas que para ella son instantes; desearía quedarse más tiempo, pero es justo el tiempo el que le juega en contra.

—Anda, Juan, déjame darte mi bendición.

Nada convencido, el joven reclina la cabeza y musita

frases ininteligibles. Un guardia, vestido con un informe de un color gris insípido, apresura a la vieja. El camino de regreso es silencioso.

—Muchas gracias, nos vemos la siguiente semana— dice la vieja al conductor—. Hasta luego, señora. Le recuerdo que el próximo viernes, por excepción, vendré una hora más tarde— responde el joven con voz educada.

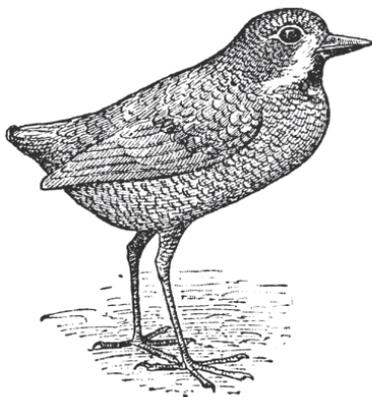
La anciana entra apresurada a su casa.

—¿Dónde estás? —pregunta al aire, y busca por todos lados hasta que posa su vista en una esquina—. ¡Ah, ya te encontré! Ya te vi —suspira al tiempo que levanta a su pequeña ave—. Anda, ven, toma tu agua— indica la anciana. Su rostro agrietado dibuja una sonrisa. La vieja siente una paz indescriptible que es interrumpida por dos golpes secos en la puerta. Se aproxima lentamente para abrirla y escucha una voz que la estremece:

—Anda, dámelo— dice la figura al atravesar la puerta. La anciana, en un principio, no logra identificar la voz—. Anda, vieja amiga. Tú sabes que yo cumplo mi palabra. Dámelo y no regresaré en un año.

La anciana cierra los ojos y, temblando, extiende sus brazos para entregarle al pájaro y alargar la vida de su hijo.

—Soy fría, es cierto, pero siempre cumplo lo que prometo— se oye decir a la voz mientras su figura se desvanece.



TAPANCO

DE CINTIA NEVE

ARGENTINA

Le gustaba a pesar de ello, le parecía un hogar. Pero estaba en muy malas condiciones, aunque fantaseaba con poder volverla la casa de sus sueños, como en esos programas de TV donde llegan y te hacen un súper proyecto que te cambia la vida para siempre. Era del tipo victoriana, de techos tan altos que fue posible hacer un tapanco donde se pudiera estar de pie. Una habitación extra. Y eso es lo que habían hecho allí, con unos ventanales que iban de piso a techo y dejaban ver el cielo.

El lugar, la verdad, era agradable, cálido y tramposo. Afuera olía mal, había un amontonamiento de pedazos de bicicletas, maderas, ropa vieja, carriolas y andadores de bebés. Parecía un tiradero. Por eso, ella nunca iba al fondo. No le agradaban esos pedazos de pasado. (Los que sí, los guardaba en otra parte, como su corazón, o en cajas)

Mirando al futuro, ella pretendía salir de allí. Planeaba, buscaba la forma, daba vueltas y trataba de hacerlo sin hacer nada.

Parada a su lado estaba Jana, su mejor amiga a través de varias encarnaciones. En esta vida, le había tocado ser perra, así que ahí estaba en dos patas, con los brazos cruzados por encima de su chamarra de mezclilla y una falda larga azul turquesa. Sus orejas se veían como coletas rubias y su cara, siempre con esa expresión serena, mutaba, manteniéndose peluda y perruna.

¡Yo sé quién eres! le digo, ¡eres mi amiga!

Aunque ella estaba ahí, no era prisionera como yo, y yo sí quería escapar de la casa porque un Gato Negro, Pequeño y Malvado, me tenía atrapada con magia. El felino me miraba a los ojos con mucho rencor y, como si se decidiera de repente, mordió mi brazo.

Me asusté y quise sacudírmelo.

Cerré las persianas porque se estaba haciendo de noche y mientras me comunicaba con Jana (aunque ella no hablara ni

con voz ni con telepatía, sólo se mantenía serena y ecuaníme) me preparé para escapar.

Sin embargo, en seguida se hizo de día. “Ese Gato hizo magia, pienso, para que me canse y no pueda escapar. Ahora ya no dormí y otra vez se hizo de día”. Con su cara asesina y humanizada, reapareció en mi habitación. Sentí crecer una furia desbordada. Me lancé sobre él y le apreté muy fuerte el cuello con mis manos, pero él no es humano y no puede morir de forma humana. Jana me ayudó a calmar y él aprovechó el momento para desaparecer.

Tengo que dejar la ira y volver a mi punto: escapar. Busqué mis cosas para salir: llaves, dinero y teléfono. Aparecían y desaparecían. Dos veces intenté salir con el dinero por debajo de mis pantalones, pero me di cuenta de que sólo podría salir cuando pudiera desprenderme de todo.

Entre ese devenir inflable de noche y día, decidí correr el riesgo.

Una pareja de un hombre con bigotes y una mujer de pelo largo y lacio (a quienes no conocía) entró a la casa. La maldición incluye que no puedo abrir la puerta desde adentro, así que tendría que salir antes de que la puerta se cierre.

Corrí esa larguísima distancia y el infame Gato tras de mí en cuatro patas, corrí, corrí y salté el alambre que estaba abierto también, no alcancé la puerta. Salí sola porque sólo yo soy prisionera, Jana es libre. Y aunque el Gato se agarró de mi pierna, me lo quité. ¡Qué cansancio!

Y ahora, ¿dónde iré sin nada?

No importa, ya soy libre.

CONSEJO EDITORIAL

Editora General

Cecilia Durán Mena
Cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer Durán
Andrea@porescrito.org

Diseño Editorial

Oh la lab! Laboratorio Creativo S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Daniela Fischer

Digital

www.porescrito.org

Ventas y Suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma.

Pretextos literarios por escrito



es una revista bimestral. Número Uno. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido en trámite.
Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán,
C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Alfagraf S.A. de C.V. Francisco Olaguibel No. 119 Col. Obrera,
Deleg. Cuauhtémoc, C.P. 06800 México, D.F. Distribuidor: Grupo
Mangolu, S.A. de C.V.

Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.